

# **Democracia y Nacionalismo: unas difíciles relaciones\***

Andrés de Blas Guerrero

---

47

Al margen de la polémica entre *primordialistas* y *modernizadores* a la hora de dilucidar los orígenes del nacionalismo, hay pocas dudas acerca del hecho de que la revolución liberal inicial necesita la construcción de la idea de nación y del nacionalismo consiguiente para la justificación de sus propias realidades estatales. Cuando quiebran viejas instancias de legitimidad (de la religión a la fidelidad dinástica pasando por el alojamiento del todopoderoso vínculo de la tradición), la nación soberana tiene que pasar a un lugar preferente. Tanto el ejemplo norteamericano como el francés ilustran la búsqueda de un nacionalismo *ad hoc* capaz de garantizar la legitimidad de los nuevos Estados. El discurso rusoniano se da la mano con la movilización de un patriotismo de raíces greco-romanas—tan del gusto de la estética neoclásica— y con los primeros impulsos románticos en el diseño de la indispensable fidelidad a las nuevas patrias.

La importancia de esta primera visión liberal de la ideología nacionalista es un tema que levanta pocas discusiones: de H. Kohn y C. Hayes a E. Kedou-

\* Publicado en *Cuadernos de Alzate*, nº 12

rie, por citar nombres especialmente significativos, no ha habido historiador del nacionalismo que haya dejado de subrayar esta evidencia. Tan arraigada estuvo la creencia en el emparejamiento entre liberalismo y nacionalismo que, cuando surge en Europa un nacionalismo de base cultural y dotado de una nueva sensibilidad política, el empeño del pensamiento liberal-democrático será seguir prestándole su apoyo, ignorando la inevitable complicación del cuadro inicial.

Hay razones de orden táctico que explican el empeño en no querer ver las diferencias entre el nacionalismo liberal-democrático y el nacionalismo cultural emergente. Más allá del hecho de que no siempre resulta fácil la distinción entre lo que P. Alter ha llamado nacionalismos de *Risorgimento* y nacionalismos *integralistas*, lo cierto es que el nacionalismo cultural, el nacionalismo *orgánico* que adelantan los planteamientos herderianos y que concretará después la reflexión predominante ante la cuestión del pensamiento germano, es estrictamente funcional en el enfrentamiento del liberalismo con los viejos Estados multinacionales. Austria-Hungría, las realidades imperiales zarista y otomana, podían caer en buena medida gracias al empuje de los nacionalismos culturales. No es extraño que éstos sean vistos como realidades progresistas por un mundo liberal que por otro lado, y como señalaba Ruggiero hace ya años, estaba dispuesto a prolongar la lógica de la autonomía individual a la autonomía de los pueblos.

48

Para una línea predominante en el grueso del liberalismo británico que iría de Bentham a J. Stuart Mill, hay una equiparación sustancial entre las visiones del nacionalismo liberal y el nacionalismo cultural. Es la misma actitud visible en las posiciones de Mazzini o en los escritos de Mancini, y en ella coincidirán teoría y práctica liberales hasta avanzado el siglo XIX. En el terreno de las ideas, creo que corresponde al influyente ensayo de Lord Acton, *Nacionalidad*, subrayar los riesgos y las contradicciones de esta equiparación. El que los Estados tengan que coincidir con los límites de una nacionalidad cultural no es solamente una propuesta revolucionaria, sin respaldo en la historia y en la realidad política del momento, sino una doctrina sumamente discutible, aliberal en su naturaleza y amenazante para una de las bases más significativas del orden liberal como es el pluralismo. La visión de Acton, llamada a tener profundas repercusiones en el pensamiento liberal democrático, encontrará un inesperado apoyo en el propio nacionalismo cultural, dispuesto a reconocer su desinterés por un liberalismo que se está dispuesto a sacrificar a las más urgentes necesidades nacionales. Treitscke puede ser el exponente de un modo de ver las cosas que rompe con el viejo empeño armonizador del liberalismo entre la causa de la nación cultural y la causa de la libertad.

No voy a intentar seguir la pista de las relaciones entre nacionalismo y pensamiento liberal-democrático a lo largo de las últimas décadas del siglo pasado y el primer tercio del siglo XX, unas relaciones caracterizadas por la creciente distancia entre el nacionalismo de raíces liberales (el que puede venir representado por una tradición francesa que iría de Michelet a E. Renan) y el nacionalismo de los *nacionalistas* (el ilustrado, por seguir con el ejemplo francés, por hombres como M. Barrés y Ch. Maurras). Por el contrario, les propongo ahora dar un salto en el tiempo para tratar de ver el modo en que una lógica democrática, concretada a partir de 1945 en la visión de la socialdemocracia europea, ha reaccionado ante el problema nacional en Occidente a partir de los años sesenta. El punto de partida es la constatación de la irritación y hasta la hostilidad hacia los efectos destructores atribuidos al nacionalismo y que tendrían su explicitación trágica en el período 1939-1945. Pasados los cincuenta se constata, sin embargo, que el nacionalismo no es un discurso político desaparecido de la escena europea. Tratando de resumir al máximo, se pueden identificar a partir de esos años cuatro tipos ideales de nacionalismo que exigen otras tantas respuestas del pensamiento democrático de izquierdas. La breve descripción de aquéllos y de éstas será el tema que nos ocupe en lo que resta de conferencia.

49

### **EL NACIONALISMO DE LA IZQUIERDA RADICAL**

Esta apuesta nacionalista, definida a lo largo de los años sesenta, es inseparable sin duda de una tradición comunista en el modo de ver el problema nacional. Permítanme que les tranquilice con la advertencia de que no voy a intentar una enésima aproximación a la visión del nacionalismo por los grandes autores marxistas. Tiene algo de ritual la referencia en estos casos al relativo desinterés en la cuestión de los precursores (Marx y Engels), al oportunismo de los grandes autores comunistas (Lenin, Stalin), al criticismo de la izquierda (R. Luxemburg) y a la aproximación más detenida de algunos de los grandes teóricos de la ortodoxia marxista de signo socialdemócrata (Bauer, Renner, Kautsky). Amén de ritual, lo cierto es que ésta es una lección del programa del estudio del nacionalismo que, con mejor o peor nota, todos los presentes tenemos seguramente aprobada. Y en todo caso, no nos podemos quejar del estado del estudio de esta cuestión, en el que destacan los trabajos de Bloom, Davis, Haupt, Lowy, Petrus, Bourdet, Rodinson, Carrere, Weill, etc., además de interesantes contribuciones españolas (desde la pionera de A. Nin a las de M. García Pelayo, J. R. Recalde, J. Solé, R. Ribó, T. Aubet y otros).

Quiero referirme en este momento únicamente a una izquierda radical europea que, a partir de esos años sesenta, vio en renovados o novedosos nacionalismos culturales la última oportunidad de un movimiento revolucionario traicionado, sucesivamente, por la socialdemocracia y por el movimiento eurocomunista. Habría que dar cuenta aquí del descubrimiento del colonialismo interior, tal como fue planteada la cuestión por Hetcher y Lafont; también interesaría en este momento considerar la paradójica defensa de la introspección etnicista como paso previo para el avance revolucionario, y que tan bien ilustró el conocido libro de T. Nairn. Y debería hacerse mención igualmente al nacionalismo surgido del tránsito del imperio a la nación (valga la fórmula como reconocimiento al pionero y valioso libro de R. Emerson), así como al curioso proceso de retroalimentación de los nacionalismos culturales occidentales de los sesenta y los setenta vía la reflexión surgida del proceso de descolonización. Teoría (el libro de Fanon especialmente, incluido el perverso prólogo de J. P. Sartre) y práctica (Argelia, Cuba, Vietnam), crearon las bases para que el izquierdismo nacionalista pudiera rehabilitar el discurso nacional de anteriores décadas occidentales gracias a la adaptación que había hecho de éste un tercer mundo en revolución.

50

Este tipo de nacionalismo no resultó especialmente problemático para el pensamiento democrático de izquierdas del momento. De hecho, el transcurso del tiempo evidenció la debilidad del maridaje entre nacionalismo y revolución en el mundo occidental. Aquellos movimientos nacionalistas que permanecieron atrapados por este discurso se vieron condenados a la irrelevancia o a la desaparición. Su significado quedó reducido a servir de impulso a otro tipo de nacionalismo moderado, el *nuevo nacionalismo cultural* al que luego me referiré, tal como evidencian con especial plasticidad los casos de Quebec o del País Vasco.

Acaso la excepción en cuanto a su irrelevancia venga dada por el caso español. Y no porque los nacionalismos radicales del País Vasco, Cataluña o Galicia hayan tenido o puedan tener un papel político significativo en términos directos (la relativa excepción vendría dada por el nacionalismo etarra en cuanto creador de las circunstancias que permitieron el triunfo posterior del nacionalismo moderado). Sino porque el discurso de la extrema izquierda radical ante el nacionalismo coincidió con una difícil transición política de la dictadura a la democracia que complicó la correspondiente elaboración doctrinal ante el tema de la izquierda democrática. Y en más de una ocasión, los límites de esa elaboración o la simple ausencia de reflexión se intentó salvar por esta izquierda democrática con un insincero y frívolo recurso al modo de ver las cosas por los sectores radicales. Pero sal-

vada esta atipicidad española, puede decirse que el nacionalismo de la izquierda radical ha causado unos moderados quebraderos de cabeza al pensamiento democrático y progresista europeo.

### LOS NACIONALISMOS DE BASE ESTATAL

No voy a incurrir en el riesgo de intentar resumir precipitadamente una de las más ricas discrepancias que atraviesa la historia del pensamiento político occidental desde sus orígenes a nuestros días: la actitud ante el poder político y su trasunto práctico más significativo, el Estado. Dejando a un lado los precedentes del pensamiento clásico y de la teoría política de la modernidad europea, intentaré, sin embargo, recurriendo a lo escrito por mí en otro lugar, resumir los puntos claves del modo de ver el hecho estatal desde el liberalismo y el socialismo.

La cosmovisión política liberal, en coherencia con un iusnaturalismo racionalista del que es heredera, estableció una inevitable distancia en relación al Estado. De la supremacía de la sociedad civil sobre el Estado se derivaba que las libertades civiles eran anteriores a la organización política; en realidad lo eran también a la propia sociedad, puesto que la libertad civil no es, desde esta perspectiva ideológica, sino adaptación de la libertad natural a las necesidades de una convivencia social. Lejos de cualquier pretensión invasora en esa esfera de libertad, el Estado debe ser un instrumento de intervención tasada que confíe en la capacidad de acción de los individuos y de su sociedad civil como instancias adecuadamente dotadas para la solución del grueso de los problemas sociales. El pensamiento liberal fue sumamente agudo en descubrir los aspectos opresivos, los componentes dictatoriales, incluso los elementos parasitarios, susceptibles de encubrirse en los pliegues del manto estatal. En autores como Burke, Bentham, Tocqueville, Acton o Renan pueden espigarse algunos de los juicios críticos más inteligentes que nunca se han escrito sobre el poder político y el Estado. No fue tan afortunado ese pensamiento en la valoración de los aspectos liberadores, racionalizadores, civilizadores en última instancia, que estaban potencialmente presentes en las realidades estatales. El caso es que la apuesta liberal lo fue por un *Estado mínimo*, bandera que hoy parecen aspirar a reconquistar los herederos, acaso no del todo legítimos, de la compleja y rica visión de la cuestión que generó el liberalismo inicial.

No tiene demasiado sentido recurrir a la crítica radical de esta actitud liberal ante el Estado. Sin duda, es cierto que el *dejar hacer* a las libres fuerzas sociales encubría la defensa de unas muy concretas situaciones de privilegio, aun-

que no puede ignorarse la profunda fibra social de grandes pensadores liberales (las obras de J. Stuart Mill o el propio Acton pueden ser ilustraciones significativas). Pero más allá de los componentes hipócritas de esta actitud —pocos defectos cuadran tan acertadamente como la hipocresía con el entramado moral e ideológico de la sociedad liberal en su momento de esplendor—, lo cierto es que el papel secundario concedido al Estado pronto habrá de entrar en contradicción con las necesidades de una sociedad en expansión y con la agobiante urgencia de poner punto final a una *nación dividida* que no puede salir de su situación de conflicto social sino con el recurso a una franca dictadura antiliberal o con la ayuda del Estado. El grueso del mejor pensamiento liberal entenderá pronto la lección y se aprestará a una nueva lectura de los hechos estatales que se irán transformando de liberales en democráticos y de democráticos, no sin dolorosas conmociones, en Estados del Bienestar.

52 La tradición socialista, sino la tradición del movimiento obrero, sí entenderá desde muy pronto el papel racionalizador y liberador que podía corresponder al Estado. Puede parecer ésta una afirmación paradójica si se tiene en cuenta la actitud marxista ante el tema. Es cierto que Marx, Engels en mayor medida, insistirá en la condición del Estado como instrumento privilegiado al servicio de la clase dominante, y es innegable que ello habría de marcar decisivamente al movimiento comunista posterior y, de modo más matizado, al movimiento socialista. Pero ello no quiere decir que toda la reflexión socialista haga suyo el discurso marxista sobre el particular, ni que se obre en coherencia con lo que se dice que se piensa sobre el tema.

Una poderosa línea de reflexión socialista, tanto en Alemania (Lasalle) como en Francia (Blanc), discurre de muy distinto modo que el marxismo en relación al Estado. En conexión con una tradición socialista de raíces muy complejas y anteriores desde luego a la obra de Marx, estos autores siembran las bases de una actitud reformista que tiene poco que ver, en la práctica, con la propiciación de su disolución. A la socialdemocracia histórica no se le puede pedir que, de la noche a la mañana, ajuste sus palabras a sus actos, y durante mucho tiempo se mantendrá una fraseología marxista en relación al Estado negada cotidianamente en la acción política. No solamente Kautsky y los apóstoles de la ortodoxia teórica incurrirán en esta actitud. Dirigentes moderados en Francia, Bélgica, Alemania y España seguirán proclamando la condición del Estado como instrumento en manos de la burguesía, al mismo tiempo que se engolfarán en complicadas discusiones para diferenciar el ejercicio, la ocupación y la toma del poder. No hay que extra-

ñarse, sin embargo, que dentro de la tradición socialdemócrata surjan las voces que quieran poner punto final a una retórica no siempre fácil de diferenciar de algo muy parecido a la esquizofrenia, y sigan a Bernstein en la defensa de una comprensión de la realidad estatal que andando el tiempo, a partir de 1945, hará suya la práctica totalidad del socialismo democrático occidental.

Por supuesto que sería posible la referencia a otra tradición de izquierdas empeñada en subrayar los aspectos opresivos y parasitarios de una realidad estatal susceptible de ser vista como el *sumo latrocinio* denunciado ya por S. Agustín. Pero lo cierto es que ante la ambivalencia consustancial al Estado, el grueso de la izquierda europea, con la socialdemocracia a la cabeza, prefirió subrayar el componente civilizador y pacificador de un artefacto político nacido en medio de las convulsiones bélicas intrínsecamente unidas a la desnuda lucha por el poder.

Les ruego que me disculpen este aparente abandono del hilo de la cuestión, pero es que me parece evidente que la apuesta a favor del Estado democrático arrastra la apuesta a favor de un nacionalismo liberal, de un patriotismo moderado, que asegure a ese Estado los mínimos de lealtad y solidaridad indispensables para su existencia. Podemos enredarnos en una discusión terminológica acerca de lo conveniente o inconveniente de los términos al uso para describir esta situación. Pero la realidad estatal termina manifestándose siempre como algo que rebasa los estrictos términos jurídicos y que necesita del cemento legitimador aportado por alguna suerte de patriotismo moderado, capaz de garantizar el equilibrio entre el estricto respeto a los derechos y libertades individuales y ese medido sentimiento de identificación requerido por la comunidad estatal. Los abusos de un patriotismo desbordado a lo largo de estos dos últimos siglos, no deben en todo caso llevarnos a la convicción de que solamente es posible un modelo chauvinista y conservador de entender la solidaridad estatal.

El reconocimiento de la funcionalidad y necesidad de un cierto patriotismo democrático no va más allá en todo caso de la necesidad de practicar la coherencia entre fines y medios. Pero resulta innegable la posibilidad de introducir una alteración en los fines (la existencia misma del Estado nacional) que arrastraría la correspondiente alteración de uno de sus medios (el nacionalismo democrático). En la medida que los Estados nacionales pueden dar paso a otras formas de organización política de base supranacional, es lógico prever la modificación de viejas solidaridades de ámbito estatal a favor de nuevas identificaciones con base en las organizaciones políticas emergentes. Una modificación que no hará sino reproducir

el proceso de construcción de unos nacionalismos estatales levantados sobre el parcial sacrificio de viejas lealtades de signo localista.

Para terminar con la referencia a este tipo de nacionalismo y a su correspondiente percepción por el pensamiento político de izquierdas, puede ser oportuno recordar la conveniencia de la prudencia a la hora de propiciar su desaparición. Esta es una cuestión de tiempo y de medida que debe ir acompañada a la transformación de los viejos Estados nacionales europeos. La superación de éstos no parece, sin embargo, que vaya a producirse de modo inmediato en un marco europeo complicado en buena medida por la emergencia de otros modelos de nacionalismo. Mientras los Estados permanezcan, sigue teniendo sentido respetar sus mínimos requisitos de supervivencia entre los que se encontraría algún tipo de solidaridad nacional de signo democrático y de carácter moderado, capaz de ser compatible, como antes señalaba, con la indispensable observancia de los derechos y libertades individuales y el respeto al pluralismo.

#### **LOS NUEVOS NACIONALISMOS CULTURALES**

54

La instrumentalización del nacionalismo cultural por el comunismo, amorosamente mantenida por una izquierda radical convencida de los efectos beatíficos de cuanto manifieste capacidad destructiva del *statu quo*, se encontró, a partir de finales de los sesenta, con el renacer o el surgimiento de los nacionalismos culturales occidentales. No eran los desenganchados de la historia, que tanta importancia pudieron tener en las primeras manifestaciones de los movimientos nacionalistas de este signo, los que estaban a la cabeza de la protesta. Ciertamente que lo viejo no resultaba ajeno a estos movimientos, sabedores del valor de lo sincrético en la defensa de su causa. Pero lo importante era ahora la capacidad de estos nacionalismos para conectar con nuevos agentes sociales, amplios sectores de las nuevas clases medias especialmente que, en adición a las viejas clientelas (inteligencias locales, gentes de Iglesia, oligarquías tradicionales en declive), podían convertirles en actores políticos importantes en el seno de sus Estados. Renegociar salidas a la crisis abierta en 1973, buscar posiciones de ventaja en momentos de crisis de la solidaridad estatal, alimentar las demandas al disfrute y administración de unos aparatos públicos en expansión, eran y son los terrenos favorables para el desarrollo de unos nacionalismos culturales modernos que, contra el empeño de sus detractores, han probado entender muy bien las alteraciones económicas, sociales e ideológicas de sus sociedades.

Reconocer estos cambios, hacer justicia a la realidad y no empeñarse en combatir fantasmas ideológicos que cada vez tienen menos importancia en este tipo de nacionalismos, no equivale por supuesto a la asunción de sus postulados. En cierta medida, una lectura más realista de este tipo de discurso nacionalista resulta al mismo tiempo una lectura de acento más crítico. Por poner un ejemplo español, resulta indudable que los componentes reaccionarios del nacionalismo sabiniano resultaban y resultan inasimilables para una conciencia liberal-democrática. Pero ello no supone para el espectador ponderado negar el reconocimiento a lo que en ese nacionalismo había de defensa de una realidad cultural seriamente amenazada. El que esa defensa estuviera entremezclada con la preocupación por mantener injustificables posiciones de privilegio en el orden político, ideológico o cultural no resta una cierta altura de miras a ese discurso nacionalista, altura de miras que no es tan fácil descubrir en el bien trabado conjunto de intereses amparados por los nuevos nacionalismos culturales.

El adecuado tratamiento de este tipo de nacionalismos pasa necesariamente, en primer lugar, por el reconocimiento de un sincero pluralismo cultural que es consustancial a la perspectiva democrática. Pluralismo cultural, innecesario es decirlo, incompatible con posiciones de ventaja para nadie que han hecho imposibles las consecuencias de una historia compartida y libremente asumida. Y un pluralismo cultural que debe tener su manifestación en el terreno que le es propio, y no servir de pretexto para la lucha por el poder en el complejo campo de las realidades económico-sociales. En segundo lugar, parece razonable proceder a un reparto vertical del poder que satisfaga la demanda de autonomía política y administrativa que los nuevos nacionalismos culturales parcialmente expresan. Y en tercer y último lugar, resulta indispensable interesar a los sectores sociales que se expresan a través de estos renovados nacionalismos culturales en proyectos políticos de dimensión más amplia, tanto de carácter estatal como supraestatal. Porque es sumamente probable que la renuncia a proyectos de solidaridad con base en las naciones políticas esté creando al mismo tiempo los espacios indispensables para una respuesta nacional menos coherente, en mi opinión, con las aspiraciones democráticas de signo progresista.

#### **LA CUESTION NACIONAL EN EL CENTRO Y ESTE DE EUROPA**

En el Centro y Este de Europa se están viviendo hoy dos conflictos nacionales de notable envergadura. El primero tiene que ver con la lógica de unos nacionalismos culturales dispuestos a utilizar en su provecho el viejo principio de

las nacionalidades remozado ahora por la supuesta legitimidad democrática de una auto-determinación presentada como un derecho incuestionable de los pueblos. El segundo conflicto tiene como protagonista al nacionalismo de los Estados surgidos de la crisis de los imperios. Uno de los efectos más perniciosos del imperialismo soviético ha sido su predisposición a impedir formas de cooperación desarrolladas entre los Estados incluidos en su zona de influencia. El modelo de relaciones bilaterales en que una de las partes era siempre la Unión Soviética ha hecho que esos Estados permanezcan en un estadio de la historia europea ya sobrepasado en Occidente como consecuencia de la densificación de las relaciones internacionales de todo orden. De modo y manera que al ya de por sí explosivo panorama derivable de una activación de las nacionalidades culturales que no han conseguido formas de realización política satisfactorias, se une el riesgo de unos nacionalismos estatales anclados parcialmente en una lógica internacional propia de etapas históricas ya superadas.

56

Puesto que esta conferencia se está prolongando en exceso, me permitirán el empleo de un cierto esquematismo en la descripción del modo de ver este tipo de nacionalismos desde la que considero más congruente perspectiva democrática de signo progresista, la cuestión clave es, una vez más, la constatación de las dificultades teóricas y prácticas del principio de las nacionalidades y del llamado derecho de auto-determinación aplicados a un escenario caracterizado por la complejidad nacional y cultural. El desarrollo de ese principio y ese supuesto derecho en la Europa del Centro y del Este solamente ha sido posible desde la elaboración de un compromiso cínico (resultado de la Primera Guerra Mundial), la aplicación de la fuerza (defensa por Hitler del derecho de autodeterminación para el pueblo alemán) y los desastres de una Segunda Guerra Mundial prolongados por el imperialismo soviético y su esquizofrénico modo de entender el problema nacional. Los horrores que vivió esta parte de Europa de 1939 a 1946 (genocidio del pueblo judío, deportaciones masivas, la expulsión de población alemana de territorios en que había vivido pacíficamente durante siglos) apenas simplificaron el panorama. Y hoy, como ayer, se pueden constatar las insalvables dificultades que rodean el intento de solución de un problema a través de expedientes que evidencian su capacidad para generalizar y animar aquello que teóricamente desean eliminar: la frustración nacional.

En contraposición a las pretensiones del discurso cultural-nacionalista, hay que insistir en la capacidad de los Estados democráticos para generar en su seno los procesos de reparto vertical del poder capaces de satisfacer las legítimas

demandas de autonomía que puedan ser a su vez garantía de pluralismo cultural. Un nuevo proceso de balcanización no solamente abriría el camino a situaciones de riesgo en el panorama internacional, sino que sería, muy probablemente, pretexto para nuevas situaciones de opresión cultural. Los nuevos caminos de integración que tienen que abrirse en Europa, corrigiendo en parte la futura Europa de los Doce, deberían ser un argumento complementario en favor de la moderación de los renovados nacionalismos de los países del Centro y el Este de Europa.

Mi opinión es que la causa de la democracia tiene poco que ganar con los actuales procesos de auténtica recreación de la historia que están viviendo los países bálticos, o con las tensiones secesionistas en otros puntos de la Unión Soviética. La eventual descomposición de Estados marcadamente plurinacionales como Yugoslavia o Checoslovaquia, las tensiones étnicas en Rumanía y Bulgaria, los conflictos nacionales que enfrentan a Hungría con Rumanía o a Bulgaria con Yugoslavia, son circunstancias que difícilmente pueden generar sociedades más libres, justas y prósperas. Mi diagnóstico, y discúlpenme lo que puede haber de grandilocuente en el término, es que el nacionalismo cultural del Centro y Este de Europa puede empeorar las cosas en la región. Y que los intereses de una izquierda democrática no pasan por la crispación de esos nacionalismos, sino por la utilización al máximo de sus posibilidades de los efectos conciliadores y mediadores del pluralismo democrático.

Hasta aquí el objetivo de mi exposición. Me temo que he intentado abarcar demasiado, vistas las dificultades intrínsecas de la empresa y mis propias limitaciones. Les pido disculpas por ello, aunque tengo la esperanza de haber justificado con mis palabras el título de esta conferencia. Muchas gracias.